

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR 137

30
GS.



KAY FRANCIS
RALPH BELLAMY

**DIPLOMACIA
FEMENINA**

EDICIONES BISTAGNE



DIETERLE, William

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 137

DIPLOMACIA FEMENINA

Interesante asunto, interpretado por

KAY FRANCIS, DAVID MANNERS, LINA
MERKEL, ANDY DEVINE, KENNETH
THOMPSON, etc.

Man Wanted, 1932

Producción

Warner Bros - First National Films, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

BARCELONA

Postal-regalo: CHARLOTTE SUSAN

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

DIPLOMACIA FEMENINA

Argumento de la película

El corredor Andy llevaba ya varias horas esperando en una de las casas editoriales más importantes de la ciudad.

Andy, que era un muchacho rubio, de ojos cándidos e inteligencia no muy despierta, dijo nervioso a una secretaria:

—No puedo esperar más. Me citó para hace dos horas.

—Ahora está en conferencia y no puede recibir a nadie...

—Vengo a demostrarle cómo se rema.

—¿Trae usted un bote?

—No. Es una máquina de remar que da muy buenos resultados, porque estimula la acción del hígado.

Mas, a pesar de la insistencia de Andy, tuvo éste que marcharse sin conseguir su propósito.

Una mujer, una bellísima e incomparable mujer, Lois, era la propietaria y directora de la casa editorial.

La conferencia que estaba celebrando en aquel momento era con su marido, un elegante zángano que en su vida había trabajado y gastaba alegremente sus cuantiosas rentas.

Los dos llevaban una vida bastante separada, y aunque todavía conservaban algo del fuego que les unió en otros días, era un fuego que ya casi se convertía en cenizas, un amor que ya casi no tenía siquiera el nombre.

—¿No te cansa este trabajo de dirigir una editorial?—le dijo el esposo.

—Me encanta. Freddie.

—Yo no tendría paciencia. ¡Ah! ¿No sientes haberte casado con un holgazán?

—No. Eres rico. Yo trabajo por sport: tú, por sport te diviertes. Cuestión de gustos. Pero, ya que has venido a verme, comeré contigo.

—Con mucho gusto.

Al salir el matrimonio, la secretaria dijo a Lois, mostrándole un maletín:

—Un vendedor dejó esto para usted. Es una máquina de remar.

—Ya recuerdo. Llámeme por teléfono para que venga mañana por la noche.

Andy había vuelto a la casa de comercio donde estaba empleado, y daba cuenta del nuevo fracaso de su misión. Comentó largamente su situación con su amigo el corredor Sherman, un amesto muchacho, en cuyos grandes y negros ojos parecía reflejarse una gran melancolía.

—No servimos para vendedores—dijo Sherman—. Hoy, yo tampoco he hecho ningún pedido.

94

Llegóse a ellos el principal.

—Un pedido en perspectiva. Mañana por la noche tiene que ir a enseñar una máquina de remar, Sherman. Acaban de telefoneármelo.

—Encantado.

—Este cliente edita la revista "400".

—¿La revista "400"?—dijo Andy—. Perdí todo el día tratando de verla. El cliente es una señora.

—Buena ocasión, Sherman. A las nueve tiene usted que ir, y ha de preguntar por la señora Lois Amens. Es una dama muy influyente.

—Haré todo lo necesario.

Mientras tanto, Lois ponía un paréntesis en su vida de activo trabajo, yéndose a comer con su esposo a un restaurante. Casi no se veían nunca; ella, atareada en las labores de la editorial, él, con sus constantes diversiones. El día que coincidían, era como un acontecimiento.

—Trabajas todo el día, en vez de divertirme—le decía el marido.

—El trabajo me encanta.

—¿Por qué no lo dejas?

—Puede más que yo. Lo llevo en la sangre.

—Bien, bien.

—Me alegro de que nunca me contraríes.

—¿Para qué? La libertad es la única garantía del matrimonio.

La cena transcurrió cordialmente, no sin que Freddie, de vez en cuando, lanzara mirada insinuante a cierta bella mujer que había sentada a otra de las mesas. Porque Freddie no era un modelo de fidelidad. Entre sus diversiones, figuraba la de ir variando de amor, rodando por todas sus escalas.

A medianoche se despidieron, ella para vol-

ver a casa, él para ir al círculo, donde tenía una cita con unos amigos, aunque la verdad era que quería quedarse en el restaurante para entablar conversación con la mujer provocativa y bella.

* * *

A la otra noche, Sherman se dirigía con su novia, la rubia Alice, muchacha de carácter irascible, hacia la casa editorial.

Iban en un cochecito que Alice guiaba maestramente. Se detuvieron ante el edificio.

—Yo te esperaré—le dijo Alice, que era muy celosa.

—Puedo tardar...

—Si tardas es por tu gusto. ¡Cómo me desagrada que vayas a ver a una mujer!

—Pero, criatura, si se trata de negocios...

—¡Negocios, negocios! Lo que ocurre es que ya no me quieres.

—Mira, es verdad—dijo él, que sólo por compromiso era novio de aquella extravagante muchacha—. Mejor sería que quedásemos libres... Fué una locura. Estábamos bebidos cuando me declaré.

—Si no hubieras estado bebido, no seríamos novios.

—Me alegro de que lo comprendas.

—Pero, bebido y todo, fuiste un caballero. Por eso te quiero. Sabes beber... sin emborracharte.

Le dió un rotundo beso, y Sherman, que temía a Alice, no insistió en sus propósitos y apeóse del coche, lamentando que ella continuara esparándole.

Entró en la oficina editorial.

Una mujer con anteojos, la secretaria de Lois, fué a su encuentro.

—¿Qué se le ofrece?

—Venía a enseñar la máquina de remar.

—Aguarde usted.

Entró la secretaria en el despacho contiguo, donde, bella y arrogante como una moderna diosa del comercio, se encontraba Lois.

—Aquí está el artefacto de remar.

—Dile al corredor que pase.

Apareció Sherman, que quedó gratamente sorprendido ante la arrebatadora belleza de aquella mujer. Ella le miró también y sus ojos parpadearon como heridos por una vivísima admiración hacia él.

—¿Puede esperar un momento?—dijo Lois.

—El que usted necesite.

Sherman preparó la máquina de remar, mientras Lois, lanzándole de vez en cuando miradas furtivas, pareciéndole interesante aquel mozo de ojos inteligentes, dictaba una carta a su secretaria. Pero ésta, de pronto, se levantó y consultó el reloj.

—Lo siento, señora, pero debo marcharme... Tengo un compromiso para esta noche.

—¡Tengo tantas cartas! ¡Quédese un rato más!

—No puede ser.

—Pero, sea razonable.

—Esta noche no puedo quedarme.

La secretaria se dispuso a marcharse; pero, viendo enfadada a Lois, preguntó temerosa:

—¿Vengo mañana?

—Sí. Para cobrar su sueldo.

—¡Está bien!

Cuando hubo desaparecido, Lois miró con melancolía el paquete de cartas que tenía ante su mesa y dijo a Sherman:

—Lo siento, pero esta noche no podré atenderle.

—No importa—contestó Sherman, a quien tan viva impresión había causado la belleza de Lois. —Y, dígame, ¿no necesitará usted ahora a alguien para sustituir a su secretaria?

—Claro que sí.

—No he trabajado como taquígrafo, pero en el colegio tomaba mis notas taquígráficamente.

—¿Cuánto quiere por ayudarme esta noche?

—Ningún dinero. Sólo que me compre la máquina de remar.

—Aceptado.

Y empezó a dictarle una carta, interrumpiéndose a los pocos momentos.

—¿Demasiado aprisa?

—Va bien.

Y en poco tiempo despacharon la correspondencia.

De vez en cuando se miraban fugazmente y volvían a la labor. Cuando terminaron, ella, contenta del trabajo de aquel improvisado secretario, le dijo:

—Quizá pudiera ofrecerle a usted un empleo. Yo necesito un secretario mejor que una secretaria...

—Me consideraría dichoso trabajando para usted.

—¿Qué le parece? Cincuenta dólares semanales, y más si lo merece.

—Encantado.

—Entonces hasta mañana por la mañana.

—No faltaré.

Besó rendidamente la mano que ella le ofrecía y marchó, deslumbrado de contento por la triple victoria: la de ser nombrado secretario,

la de haber vendido una maquina de remar, y, finalmente, la de poder estar bajo las órdenes de la más bella mujer conocida.

Alice se había cansado de esperar y acababa de marcharse consumida de celos.

Sherman, sin dar importancia a ello, pues cada día le interesaba menos su novia, se fué a la



... despacharon la correspondencia...

pensión donde vivía con Andy, a quien comunicó las buenas y agradables noticias.

Andy le felicitó por su éxito.

—Y cuidado con la señora. No olvides que las mujeres son tan serias como los hombres, cuando se trata de negocios.

—No lo olvido.

Pero en su interior, más que a la comerciante,

a la principal, rendía él culto a la adorable belleza de la poseedora de los ojos negros más hermosos que había visto en su vida.

* * *

Lois no podía conciliar el sueño. Pretextando un fuerte cansancio, no había querido recibir a sus visitantes, a los cuales Freddie, su esposo, rendía los más cumplidos honores.

Las risas eran tan grandes, que Lois acabó por disgustarse y, saltando de la cama y después de cubrirse con un elegante batín, se asomó a lo alto de la escalera que daba al salón, animado y brillante.

—¿No me dejaréis dormir, atajo de gindules? —dijo riendo.

—Perdona, chica, pero tu marido nos mata de risa —contestó una de las invitadas.

—Y yo me muero de sueño, que es muchísimo peor. No gritéis tanto.

Y volvió de nuevo a su cuarto, mientras Freddie procuraba disculparla:

—Está realmente fatigada. Trabaja de día... y duerme por la noche.

—Como tú, vamos. Pero, ¿por qué no la haces abandonar esa editorial?

—¿Y si en venganza me hace abandonar el juego de polo?

Todavía duró la conversación algún tiempo, dedicándose Freddie de un modo especial a cierta rubia, con la que se rumoreaba había algo más que un afecto amistoso.

Después, cuando ya no quedaba ningún invitado, Freddie entró en el cuarto de su esposa.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó Lois.

—Pues mira, atender ahora a las visitas y jugar antes al polo. Hice cuatro goals.

—Y yo perdí una secretaria.

—¿Sí?

—Pero la he sustituido por un joven. Trabajó conmigo esta noche.

—¡Caramba! ¿Y mi honor?

—Es un buen muchacho. Pero me agrada la gente ambiciosa. Yo querría que tú fueses como él. ¿Por qué no te gusta el trabajo?

—Si quieres una respuesta seria, no puedo dártela. No lo sé.

Y, sonriente, se marchó. Lois suspiró. Aquel hombre había sido en otro tiempo el ídolo de su amor. Ahora estaba muy separada de él; sus caracteres no congeniaban. Un divorcio espiritual les apartaba. Ella hubiera querido un marido diferente, un marido que se ocupara de sus cosas, que tomara el mismo gusto por los trabajos editoriales. Pero a Freddie no había manera de hacerle cambiar de rumbo. Y había que aceptarle tal como era...

Al día siguiente, Sherman fué puntual a la oficina. Poco después se presentó Lois. Pasaron la mañana contestando cartas.

En el brusco movimiento de uno de sus pies, le saltó a Lois un zapato, que fué a parar a algunos metros de allí, siendo recogido por Sherman, quien se lo calzó suavemente, sintiéndose emocionado al acariciar aquel pie sedoso y al sentir sobre sí la mirada alegre y dulce de Lois.

Pronto se repuso de su impresión y continuó apuntando taquigráficamente las cartas que ella le dictaba.

Sonó el timbre del teléfono. Lois se puso al aparato y se lo entregó seguidamente a Sherman.

—Es para usted.

Nervioso, Sherman oyó que le llamaba Alice.

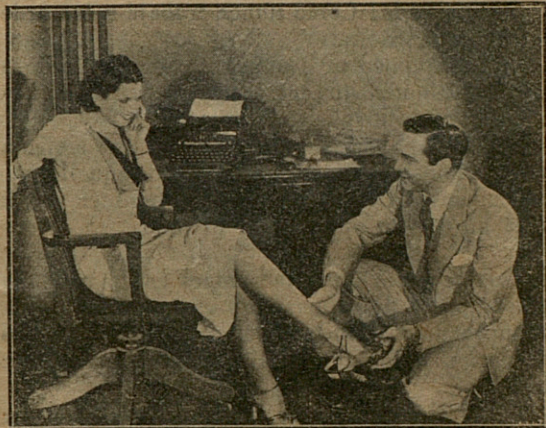
—¿Por qué no me esperaste ayer?—le preguntó—. Acabo de enterarme de...

—Sí, sí... Ya hablaremos. Ya te contaré...

—¿Tienes catarro? ¿A qué esa voz velada?

—Sí. Adiós, hasta luego.

Muy inquieto dejó el auricular, pues no quería que le interrumpiesen durante su trabajo, y



... se lo calzó suavemente...

menos que Lois pudiera enterarse de que tenía novia.

Lois le indicó suavemente:

—Diga a sus amistades que no le llamen al teléfono.

—No volverá a suceder. Perdone.

—Lea este manuscrito despacio y me dará usted su opinión.

—Muy bien.

Al retirarse tiró involuntariamente al suelo un retrato de Freddie que había sobre la mesa y rompió el cristal. Lo recogió, excusándose torpemente.

Ella rió y miró la fotografía de su marido.

—No tiene importancia. Pero, ¿qué le ocurre a usted? Le veo nervioso.

—¡Oh, nada! Como nunca trabajé a las órdenes de una señora...

—Yo tampoco tuve nunca un secretario. Pero necesito alguien que me ayude lealmente.

—Yo estoy dispuesto a hacerlo.

Se retiró Sherman con el alma emocionada, porque iba sintiéndose enamorado de aquella mujer, mientras Lois experimentaba también por la vida un anhelo optimista y extraño.

* * *

Lois se tomó unas vacaciones en la montaña, en compañía de su marido y varios amigos. Pero siempre deseosa de atender a los asuntos de su despacho, había mandado a buscar a su secretario.

Como el lugar donde se encontraban era cercano a la ciudad, Alice se empeñó en acompañar en su automóvil a su novio y le aguardó cerca del hotel.

Sherman explicó detalladamente a Lois todas las novedades del despacho. A Lois le gustaba que aquel joven luchase por ella con la misma impetuosidad que si se tratara de una cosa propia. Pero también sabía corresponder a sus esfuerzos. Semanalmente le había ido aumentando el sueldo y ahora ya ganaba doscientos cincuenta dólares, en vez de los cincuenta iniciales.

Varias veces había tocado Alice la bocina, y

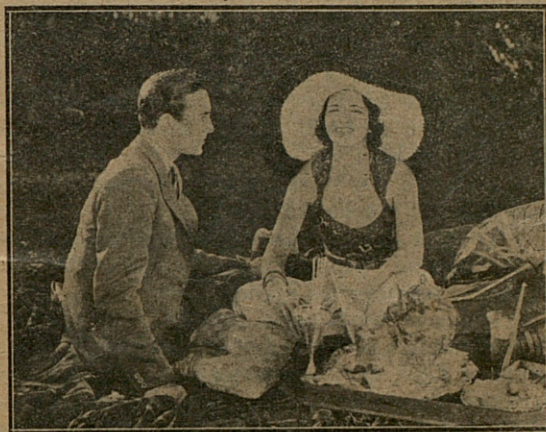
cada bocinazo hería las fibras nerviosas del joven.

Lois dió al fin por terminada la entrevista.

—Y muy agradecida a todo lo que hace usted por mí.

—Y yo a usted por su confianza.

Besó su mano y fué al automóvil, donde encontró a Alice muy seria.



...le gustaba que aquel joven luchase por ella.

—¡Cuánto has tardado!

—El tiempo necesario, Alice. Tú no sabes lo que es un negocio.

Pero entonces vió Alice que avanzaba corriendo hacia ellos una mujer, que, por los datos que acerca de Lois le había dado Sherman, sospechó que se trataba de ella. Era Lois, en efecto, que

se había olvidado de darle un recado a su secretario. Alice dijo entonces imperiosamente:

—¡Bésame, Sherman!

El, a regañadientes y sin ver a Lois, la besó. Alice sonrió triunfalmente y puso el coche a gran velocidad, mirando con desprecio a su rival.

Lois fué testigo de aquella caricia, que puso en su alma una gran melancolía, como si aquella mujer le hubiese robado algo de ella.

Pero ¡qué tonterías estaba pensando! Se debía a su marido, a nadie más que a él, y no podía pensar en otra cosa. Y, procurando serenarse, volvió al hotel, donde encontró a Freddie, quien le dijo:

—Estuviste dos horas con tu secretario. Creo que le tienes mucha simpatía.

—Toda la que se merece. Trabaja incansablemente por mí. Tengo en él absoluta confianza. Pero, no seas celoso, Freddie.

—Tengo absoluta confianza en ti.

Y dándole un frío beso se despidió de ella, mientras Lois, nerviosa, paseaba a solas por los jardines, pensando en que debía desechar de su mente todos aquellos anhelos, que no eran más que una fantasía.

* * *

Nerviosa, aunque procurando con gran diplomacia que su marido no comprendiera las causas de su actitud, estuvo Lois al día siguiente en el campo de polo, presenciando cómo Freddie jugaba un interesante partido.

Terminado el partido, vió cómo Freddie apenas la atendía, dedicando todas sus atenciones a cierta rubia que veraneaba en el mismo hotel y

por la cual parecía experimentar una verdadera debilidad.

Se vió tristemente preterida por aquella mujer; y aunque no creyó que Freddie la engañase, sintió el amargor de la más intensa soledad. Y por contraste con aquella soledad, volvió a pensar en Sherman y acordó mandarlo a buscar otra vez.

Y apenas volvió al hotel, se apresuró a telefonar a su secretario, en ocasión en que éste se hallaba telefoneando con su novia, que pretendía salir aquella noche con él.

Tuvo que aguardar a que acabasen la conferencia y pudo al fin comunicar con aquel atrayente muchacho, que se sentía muy disgustado por verse separado de Lois, en quien, por otra parte, era absurdo pensar, por cuanto estaba casada y seguramente nunca traicionaría sus deberes.

Su alma palpitó de júbilo cuando sintió la dulce voz de ella:

—¿Podría venir pronto? Desearía tener la correspondencia al día.

—Estoy siempre a su disposición, señora.

—Pues le aguardo esta misma noche.

Lleno de emoción, se dispuso a partir inmediatamente. Y telefoneó a Alice lamentando no poder salir.

La indignación de Alice estalló violenta, pues llevaba algún tiempo sospechando que Sherman quería más a Lois que a ella. Y le llenó de deseos, pero no consiguió ablandar su voluntad, que guiaba un sentimiento profundo.

Y horas después, el secretario se encontraba

frente a frente con aquella bellísima Lois, que le recibió en sus habitaciones particulares.

Ella estaba maravillosamente hermosa, y Sherman la contemplaba con verdadera adoración.

—¿Viene usted dispuesto a trabajar mucho?

—Vengo, como siempre, dispuesto a hacer lo que usted me mande.

—¡Siempre admirable!

Le dictó una carta, que el joven escribió en la máquina de viaje que Lois tenía consigo.

El desconocimiento del teclado hacía que el trabajo resultase imperfecto.

—¡Qué mal escribe usted en la máquina!

—¿No servirá?

—Sí.

—Debíamos haber empleado a la mecanógrafa del hotel.

—Yo sé que a usted no le habría gustado eso.

Y le envolvió en una mirada tan dulce, que Sherman sintió un estremecimiento.

—Bueno—continuemos—añadió Lois—. Tengo mis dudas acerca de la novela de Henaberry. Es muy sentimental.

—Pues creo que deberíamos publicar cosas más sentimentales. Lo ideal siempre atrae.

Lois sonrió y fué hacia la ventana.

—La noche está muy hermosa para entrar en discusiones. ¿No le parece?

—Y tratándose de usted, sería imperdonable.

Sherman se reunió a ella y los dos contemplaron desde allí el espectáculo del salón de la planta baja, donde se veía bailar.

—¡Qué música tan bella! ¿Quiere bailar?

—propuso Lois.

—¡Maravillado!

Dieron unas ligeras vueltas y de pronto Lois pareció recobrar su serenidad.

—¡Ah, diablo! No le hice venir aquí sólo para bailar. Continuemos trabajando. A ver ese asunto de Henaberry...

Parecía un poco fatigada y se dejó caer en un diván. Junto a ella, Sherman sentíase inquieto.

La voz dulce se fué apagando, y Lois, rendida por la labor, quedó unos instantes dormida.

El secretario la contemplaba con el deseo ferviente del enamorado que adora de veras por vez primera. Y de pronto, casi de una manera impulsiva, acercó sus labios a los suyos y los rozó con un beso.

Bajo la suave caricia, Lois se levantó rápidamente, y miró unos momentos a Sherman, como extrañada de su audacia.

El secretario, atemorizado por lo que acababa de hacer, murmuró unas palabras de excusa.

Ella le atajó con dulce gesto:

—Olvidémoslo, porque carece de importancia.

—Señora, yo...

—No hablemos de ello. Sigamos con la novela de Henaberry.

En el fondo de su alma sentía como una secreta delicia por haber recibido aquel beso, pero, sin poder olvidar que era casada, quería impedir que las cosas siguieran adelante.

Aturdido, temiendo haberla disgustado, Sherman continuó con desgana la labor.

Poco después entró Freddie, quien besó a su esposa y saludó al secretario.

—Veo que estás muy ocupada. Volveré más tarde.

Lois, que tenía miedo de sí misma, de que su corazón la traicionase y la hiciera olvidar sus deberes de esposa, quiso retenerle a su lado.

—No, no te vayas. Quédate conmigo.

El marido hizo un leve gesto de disgusto. Tenía en el bolsillo la llave del cuarto de la rubia, pues esta mujer estaba dispuesta a recibirle en su alcoba. Y ahora, Lois, con su deseo de que



—*Olvidémoslo, porque carece de importancia.*

se quedase con ella, le impedía realizar aquel propósito. Pero no podía marcharse, so pena de que Lois entrara en sospechas.

Aceptó con una sonrisa amarga el quedar allí, y Lois despidió cuanto antes a Sherman.

—¡Buenas noches, Sherman! Ya no le necesito. Mañana le telefonearé al despacho.

Celoso, con la ira y el vencimiento en el corazón, el joven abandonó el cuarto.

Freddie entró en la alcoba y telefoneó rápidamente a su rubia amiga, comunicándole que no podría ir a verla.

Lois se reunió con su marido. Comprendiendo el peligro en que se hallaba, trastornada por su secretario, ella quiso reconciliarse plenamente con su marido, deseosa de amarlo como en los primeros días matrimoniales.

—¿Te enoja el que te haya retenido?

—¿Me has visto alguna vez enojado?

—¡Eres tan indolente!

—No siempre, querida.

La besó, luego se quitó el frac y entró en el cuarto contiguo para ponerse su pijama.

Lois se dispuso a desnudarse.

De pronto, al retirar el frac que había dejado su marido sobre una silla, vió que caía de uno de sus faldones una llave, la correspondiente a una de las habitaciones del hotel.

¡El número 342! Recordó que en ella habitaba la rubia que siempre iba con Freddie. Dióse cuenta de la realidad. El la engañaba con aquella mujer. Sintió una gran amargura, una tristeza profunda. Pero, mujer astuta, diplomática habilísima, no intentó recriminar a su esposo, sino que puso sencillamente la llave sobre la cama de él, y ella metióse en la suya, situada a un metro de distancia.

Cuando Freddie volvió a la alcoba con el entusiasmo de un recién casado, encontró a su mujer que dormía pesadamente, y vió la llave comprometedora.

Palideció. ¡Todo estaba descubierto! Y, sin

decir palabra, se metió en el lecho, apagando la luz y preguntándose cómo lo haría para excusar su desliz.

* * *

Una hora después llegaba Sherman de malísimo humor, a su casa. Se daba cuenta de lo falso de su situación, de que era absurdo seguir soñando en una mujer que nunca podría ser suya.

Alice le telefoneó poco después invitándole a ir a un baile y él aceptó, aunque a regañadientes.

Después, muy nervioso, habló con su amigo Andy.

—Voy a renunciar a mi empleo.

—¿Por qué? ¿Tan mal te va?

—No; pero voy a casarme pronto.

—¿Y eso qué tiene que ver? Si te casas, razón de más para conservar una buena situación. ¡Ah! ¿No contestas? ¿Quieres que te diga lo que te pasa? Tú te has enamorado de tu jefe. Por eso renuncias...

—Tal vez. Pero está casada...

—Eso ya es otro cantar.

No quiso Sherman decir nada más, y salió para ir a casa de Alice, a la que encontró más pesada que de costumbre, y sintió el anhelo de dejarla. Pero lo haría después, cuando hubiese renunciado definitivamente al empleo de Lois. Por el momento, su compromiso con Alice sería el acicate que le mantendría en sus propósitos. Porque era una locura pretender el amor de Lois. Ella amaba a su marido. No haría Sher-

man otra cosa que atormentarse, que ensombrecer su vida con el dolor de los amores imposibles. Era preferible alejarse, hacer lo imposible por olvidar.

Aunque procuró mostrarse afable y cariñoso con Alice, no pudo evitar que ella le censurase su indiferencia, su desvío, su falta de interés, y tuvo que esforzarse grandemente para no romper ya un compromiso que le parecía inaguantable.

Al día siguiente redactó la renuncia de su cargo y dejó la carta sobre la mesa de Lois.

Por la tarde, Lois fué a la oficina y leyó la carta de dimisión. Adivinó que en el fondo de aquella renuncia palpitaba un amor que se consideraba imposible. También ella lo creía igual. Pero ¿era motivo éso para que se marchase de su lado?

Le llamó y le mostró la carta.

—Si está usted contento aquí, como me ha dicho muchas veces, ¿no podríamos olvidar esas ideas pueriles?

—Es que... voy a casarme.

—Eso no es una razón.

Continuó mintiendo:

—Sí. El padre de mi novia quiere hacerme socio en sus negocios.

—¡Qué raro es eso! Y todo ha sido tan repentino... nada me había dicho usted nunca.

—Ocurrió durante su ausencia.

—No volveré a tomar otras vacaciones, se lo aseguro. Mal resultado me dieron. Pero, en fin, ¿no se quedará usted hasta el día quince?

—Sí, señora.

¡Con qué fervoroso deseo se hubiera arrojado

a sus pies y le hubiese dicho que la quería! Pero era fruta de huerto ajeno...

Le dictó Lois varias cartas y se mostró muy cariñosa con él. Comprendía los motivos de aquella separación. ¡Ah, tal vez fuese conveniente!

Sherman procuró ocultar su nerviosidad y por la noche fué a pasear con Alice, cuya vulgaridad se le hacía cada vez más insoportable.

Fueron a Coney Island, y aunque ella se divirtió de lo lindo, Sherman experimentó un verdadero aburrimiento. Si en vez de estar al lado de Alice hubiese tenido a Lois, libre, su corazón habríase roto de felicidad.

Lois, entretanto, había regresado a casa y se sentía hondamente preocupada.

Sherman se había enamorado de ella, y por eso renunciaba a su empleo. Y el alma de lo joven, que había experimentado ciertas inclinaciones por su secretario quiso ponerse al nivel del mismo sacrificio y renunciar también a una aventura loca. Su amor era de su marido, y de nadie más. Aunque Freddie hubiese cometido algunas infidelidades, ella se las perdonaba en aras de la paz conyugal.

Su marido llegó muy tarde y la saludó sonriente, con aquel arte de disimulo de que era maestro. No habían vuelto a hablar para nada del incidente de la llave, y únicamente cuando la esposa expuso su deseo de marchar inmediatamente del hotel, él se mostró dispuesto a obedecerla inmediatamente.

Lois le miró cariñosamente y se besaron. Pero Freddie, después de unas agradables palabras, se metió en su alcoba, situada al lado de la de su esposa.

Sintió Lois el anhelo de llamarle, de decirle que no se moviera de su lado, que anhelaba quererle para hacerla olvidar a otro hombre. Decidida y sonriente, escribió unas líneas en un papel, introduciendo éste por debajo de la puerta. Pero el sobre fué a ocultarse debajo de la alfombra, impidiendo a Freddie que se diese cuenta del mensaje.

Viendo que su marido no contestaba, Lois abrió la puerta y se encontró con que Freddie iba en aquel momento a abrirla también.

—¡Oh! ¿Querías algo?—preguntó él.

—¿Y tú?

—Ver si te habías tapado bien. Hace frío y dijiste que estabas resfriada.

—Gracias. Pues yo quería decirte...—y de pronto se fijó en que debajo de la alfombra aparecía el borde del sobre—, pues... que perdí mi secretario otra vez. Va a casarse.

—Siento no poderte servir.

—Freddie, ¿por qué no te interesas más por mis cosas? Deberíamos reunirnos así, más a menudo, deberías intervenir en mis negocios...

—¡No, eso no!—dijo Freddie nervioso—. No me gusta tu oficina. Y, mira, tengo que decirte que me voy a Inglaterra.

—¿Cómo?

—Sí. Han empezado los juegos de polo. Pienso ir.

Deseosa de reconquistar el corazón de su marido, que tal vez ella misma había perdido a causa de su exclusivismo en los negocios, le dijo:

—¿Quieres invitarme a que te acompañe?

—¿Querías ir, Lois?

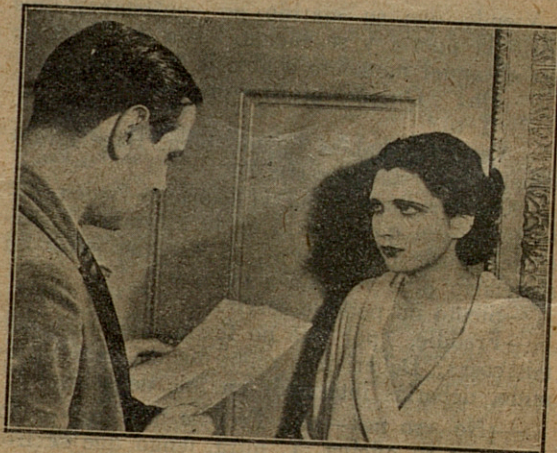
—¿Te disgusta?

—No, pero...

Se le adivinaba tan disgustado, que Lois comprobó con espanto que había perdido el amor de él.

—Llego tarde... lo comprendo. Te cansaste ya de mí.

—La verdad—dijo él turbado—. Somos como



—Me he emocionado.

de dos mundos distintos. No hemos sabido vernos. Mejor será la libertad. Yo iba a escribirte desde Inglaterra.

—Quieres divorciarte, ¿verdad? Y yo, sólo yo, tengo la culpa. ¿Amas a otra?

—Sí.

—Una mujer que se interesó por ti más de

lo que yo lo hice. En fin, te devuelvo la libertad. Yo sólo tengo la culpa. Para mí fué más el negocio que tu persona.

—Yo te admiraré siempre, Lois. ¿No crees que divorciarnos es lo mejor?

—Lo será... con el tiempo.

Se fijó él en la carta que asomaba debajo de la alfombra, y leyó:

Querido: Insensiblemente nos hemos ido alejando, y yo tengo mucha parte de culpa. ¿No crees que podríamos revivir el pasado?

Lois.

Ella bajó entristecida la cabeza. Freddie la miró nervioso.

—Me he emocionado... pero ya ves...

—¡Bah! ¡No importa! Buena suerte y que seas feliz. Yo no supe darte esa felicidad. ¡Ojalá encuentres tú la que te mereces!

Y, ocultando su emoción, volvió a su alcoba, donde se puso a llorar amargamente.

Había llegado tarde para reconquistar el amor de su marido, y en cuanto a Snerman, al que amaba aún, también se alejaba de ella... Y toda su vida iba a ser así: soledad, único cariño de oficina. ¿Sería posible que perdiese todo lo demás?

* * *

Transcurrieron los quince días y llegó el de la marcha de Sherman. Ignoraba el joven las

desavenencias matrimoniales, y deseaba marchar cuanto antes de aquel despacho, donde había perdido la tranquilidad al enamorarse de una mujer para él imposible.

Para aquella noche tenía preparada una cena con su novia y con su amigo Andy en el Casino.

Había arreglado ya todas sus cosas y a última hora entró en el despacho de Lois para despedirse de ella.

Se le adivinaba emocionado, pues no en balde quedaban aún en su alma los vestigios del sublime amor.

Ella, muy dulce, muy delicada, le dijo:

—¿Quiere hacerme un favor? El último...

—Con mucho gusto.

—Me cuesta trabajo ordenar los asuntos sin su colaboración. ¿Podría usted dedicarme ahora un rato para informarme bien de todo?

—Estoy a sus órdenes, señora. Pero, ¿qué tal es la nueva secretaria?

—Nunca podrá reemplazarle a usted.

El, procurando serenarse, le dió toda clase de informes sobre los asuntos pendientes, y Lois le escuchó atenta, preguntándose íntimamente si tenía derecho a confesarle a él que se divorciaba de su marido, que era libre, y que, por lo tanto, Sherman podía aspirar a su mano.

Se sentía saturada de un deseo y de un cariño ferviente hacia su secretario; pero al propio tiempo parecía que se contenía, pues no ignoraba que él tenía novia.

Pasó largo tiempo y, mientras, Alice y Andy

se encontraban en el restaurante, llenos de impaciencia.

Al cabo de una hora, Andy se decidió a telefonar a su amigo, a quien dijo:

—Tu novia se está derriendiéndose de rabia.

—¡Lo siento! ¡Estoy ocupado!—respondió él, cortando bruscamente la comunicación.

Adivinó Lois por qué le llamaban y murmuró con la más dulce de las sonrisas:

—Yo tengo la culpa. Tendría usted una cita con su novia y...

—¡Bah! ¿Qué importa? Esa mujer no me interesa lo más mínimo.

—Pero, ¿no se va usted a casar con ella?

—Pensaba casarme, pero veo que no podré llevar a cabo mi sacrificio. Me casaba para olvidar un amor imposible... pero temo que aunque lo hiciese, no lo podría olvidar.

Una inmensa alegría se apoderó de Lois al oír aquellas frases, que eran la plena demostración de que él la quería y de que casándose con otra mujer que no fuese ella no sería feliz. Y, saboreando de antemano una felicidad que adivinaba próxima, dijo:

—Todavía nos falta examinar algunos papeles. ¿Quiere cenar conmigo?

—Sí, señora. Gracias.

—Pero, tener que cenar con una mujer que no le interesa...

—No debía usted decir eso...

Callaron; una empleada les sirvió una cena llevada de un cercano restaurante y durante ella

Lois y Sherman se miraban con un anhelo de caer el uno en brazos del otro y confesarse su pasión.

Mientras tanto, Alice, la novia desdeñada, cansada de esperar, salió del restaurante seguida de Andy.

—Voy a ir a la oficina a decirle cuatro frescas. Pero ¿es qué ese niño se ha propuesto tomarme la melena?

Y, subiendo a un taxi, a los cinco minutos llegaron al despacho de Lois y, a pesar de las protestas de una empleada, irrumpieron violentamente en la estancia donde cenaban Lois y Sherman.

Andy miró desconsolado a su amigo, y murmuró:

—No pude impedírselo, chico.

Sherman contempló enfurecido a su novia.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—¡Esta es la última vez que me pondrás en ridículo!

—¿Quién es usted?—intervino Lois, sorprendida.

—Soy la joven con quien Sherman va a casarse. Cenando los dos solos, ¿eh? ¡Es el colmo! Usted está enamorada de él, y por eso le retiene aquí.

—¿Quieres callar? ¡Márchate en seguida de esta casa!—le gritó Sherman.

Lois guardaba silencio. Le era penosa aquella entrevista.

Alice prosiguió, cada vez con más viveza:

—Sabré vengarme. Le diré a su esposo que usted y Sherman...

—Es inútil—contestó Lois con serenidad—. Mi esposo viaja hacia París, para solicitar el divorcio.

—¿Se divorcia usted?—contestó Sherman con entusiasmo.

—Sí. ¡Se divorcia para poder cazarte mejor!—rugió Alice—. Pero conmigo has terminado, niño. ¡Te odio, te desprecio! ¡Vámonos, Andy!

Y arrastrando a Andy, salió de la casa, mientras decía:

—Tú, Andy, eres su mejor amigo... y me ayudarás en mi venganza. Me casaré contigo.

Pero Andy, que quería tener muy lejos de su vida a aquella criatura, protestó:

—¡Imposible! Le prometí a mi mamá no casarme hasta los setenta y cinco.

—¡No seas tonto!

—Mi familia no es partidaria del matrimonio. En tres generaciones no se ha casado nadie en mi familia.

Alice no insistió. Se tendría que conformar con renunciar también a Andy.

Y entretanto, Sherman, emocionado, pedía a Lois confirmación de su divorcio y, al enterarse de que era verdad, le declaraba con palabra balbuciente su amor.

—Sí, Sherman—le dijo ella—. Y te prometo que seré para ti una verdadera esposa. Mi negocio no me ocupará más que tu cariño. Te lo juro... para que no tenga que divorciarme otra vez.

—Y yo te prometo que no seré tampoco como Freddie, sino que dedicaré mi actividad a tus cosas. Viviremos bien, en plena armonía. ¿No opinas lo mismo?

Y por primera vez en aquel despacho se oyeron verdaderas palabras de amor.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Imprenta Industria - Aribau, 133 - Teléfono 76307

Acaba de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de L. N. S. C., con éxito sin precedentes:

La dama del 13

por Elissa Landi, Neil Hamilton, Ralph Bellamy y Myrna Loy

— y —

Amor en venta

por Joan Crawford y Clark Gable

Esta semana:

El pecado de Madelon Claudet

por Helen Hayes, Lewis Stone, Marie Pré vost, Neil Hamilton, etc.

En preparación:

La casa de los muertos

Precio popular: 1 peseta. Nutrido texto.
Bellas ilustraciones en papel couché.
Espléndida presentación.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

No se deje sorprender

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS DOS
: TÍTULOS Y PÍDALOS :

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.
Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección que
aparecerá esta semana.
Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 30 céntimos.
Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan
a los muchachos y a
los amantes de argumentos de emoción.
Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
